



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 03 DE MAYO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA

AFIRMADOS EN LA NOVEDAD QUE PRODUCE LA ESPERANZA EN CRISTO

HEBREOS 6:17-18

Si todo aquello en lo que has puesto tu confianza fallara hoy, ¿dónde encontraría tu corazón una esperanza que no se apague? La esperanza en Cristo no es un anhelo incierto, sino una certeza viva que sostiene la vida, como un faro firme que guía el corazón hacia la paz aun en medio de la tormenta. En un mundo sin esperanza, la promesa del nacimiento de un nuevo Reino se hace imperioso conocerlo, vivirlos, disfrutarlo y anunciarlo de palabra y acción. Pero para ello hay que estar convencidos, apasionados y equipados. Si, hermanos y hermanas, hay que asirnos nosotros primero de esa gran esperanza que está puesta delante nuestro.

En la novela, Cien Años de Soledad, de Gabriel García Márquez, entre tantas escenas fantásticas, describe cuando el hielo llegó a Macondo y José Arcadio Buendía pagó 5 reales solo para tocarlo. Él dice que era un bloque enorme que los gitanos habían traído en una caja de madera. La gente se acercó con desconfianza, y algunos en Macondo ni siquiera se animaron; y cuando José Arcadio puso la mano encima sintió algo que nunca había sentido, era un frío que lo quemaba desde adentro, y cuando lo experimentó gritó emocionado: ¡Este es el gran invento de nuestro tiempo! Pero era solo hielo y no era nada extraordinario porque el hielo ya era conocido en el mundo. Lo extraordinario era lo que estaba sucediendo con él, ese encuentro era su capacidad de pararse frente a algo nuevo y asombrarse de esa manera. Y es tan bonito como García Márquez aborda esta especie de apertura de José Arcadio

Buendía, esa capacidad que la mayoría de la gente pierde sin darse cuenta, la capacidad de asombrarse por las cosas que de repente nos suceden y no tenemos más palabras que agradecer por ello. Hay personas que viajan al lugar más increíble del mundo y lo primero que hace es sacar su teléfono, o sea, están viviendo una experiencia única pero ya están pensando en cómo contarla antes de siquiera disfrutarla, mirarla, asombrarse con lo único, con lo novedoso, con lo especial, y a veces nunca tocamos el hielo de verdad. Quizá hoy, o en el algún momento de los próximos días nos vayamos a cruzar en nuestro camino con alguien que trajo algo nuevo, algo distinto, algo que no habíamos vivido antes, o habíamos dejado de vivirlo, y nos invita a no perdernos la oportunidad de abrir la caja y tocar el hielo, y emocionarnos y volver agradecidos, pero a la vez, deseosos porque vuelvan a suceder cosas que sacuden nuestras vidas, llenándolas de novedad y de esperanza.

El autor de esta carta escribe a un grupo de cristianos que sin duda habían padecido persecución (10:32-34), una iglesia que había tenido tiempos gloriosos y grandes maestros y dirigentes (13:17). Una iglesia que a pesar de no haber sido fundada por alguno de los apóstoles (2:3), se había distinguido por su generosidad y liberalidad (6:10). Lo más seguro es que fueran hermanos que vivían en Roma, capital de imperio, con todo lo que implicaba guardar la fe, las convicciones y el buen testimonio en una ciudad como esa. Creyentes conocedores de la biblia

judía, pero a la vez, una comunidad ensimismada, quizá temerosa, anquilosada por el tiempo o por las innumerables pruebas, y a la que el escritor de este documento les dice con fuerza y vehemencia: “Salgamos, pues a él, fuera del campamento llevando su cruz, porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos el porvenir. Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Jesús, sacrificio de alabanza, es decir, frutos de labios que confiesen su nombre” (13:13-15). Les dice, que es imposible que los que una vez fueron iluminados por el Espíritu Santo y gustaron la buena palabra de Dios, caigan y con ello crucifiquen de nuevo al Hijo de Dios. Les dice también, que el Señor no olvida sus buenas obras, pero es necesario que cada uno de ellos y ellas muestren la misma solicitud, la misma pasión hasta el final, para dar fe de la plena esperanza (6:1-11). Pero para ello, les ofrece el cumplimiento de la misma promesa de Dios hecha a Abraham: “los bendeciré”. Dios no es inconsistente. No se afana con promesas y juramentos para simplemente anclar una parte de nuestra seguridad mientras que deja la otra parte colgando en el aire. La Biblia reconoce que necesitamos tener esperanza, pero también nos advierte sobre las esperanzas falsas: “No cifren su confianza en nobles, ni en el hijo del hombre terrestre, a quien no pertenece salvación alguna” (Sal.146:3) ¿Por qué el autor de la carta nos alienta a asirnos de nuestra esperanza? (v.18) Si el estar asidos de esta esperanza es algo que Cristo obtuvo y que quedó irrevocablemente asegurado a través de su muerte y resurrección, entonces ¿por qué Dios nos dice que nos aferremos? Él murió para que nosotros hagamos exactamente lo que Pablo hizo: “Sigo adelante, a fin de poder alcanzar aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús” (Fil. 3:12). No es necedad, es convicción, es sentido de la nueva vida, es certeza de la meta que se persigue, es admiración por las cosas que el Señor tienen preparada para nosotros.

AFIRMADOS EN LA ESPERANZA QUE CONSUELA

Este texto supone que Dios ya ha dicho lo necesario para darnos consuelo, pero, como él no es un Dios minimalista y su objetivo no es decir tan pocas palabras de aliento como le sea posible. Al decirnos algo para darnos esperanza, ya que es un

Dios afectuoso, se dice para sí, "esto es bueno, me gusta hacer esto, lo haré nuevamente." Y entonces nos da más palabras de aliento. Pero, no solo más palabras, sino palabras superiores. Él va de una promesa digna de confianza, a un juramento, y no cualquier juramento, sino, el mejor y mayor tipo de juramento sobre su persona. Él quiere recalarnos cuan esperanzador es nuestro presente y futuro, él quiere que lo sintamos y lo vivamos cada día, él da el kilómetro extra para que nos sintamos reconfortados, y a esto se refiere cuando dice: “queriendo Dios mostrar más abundantemente”. A fin de que: “tengamos un fortísimo consuelo” ¿Cuán reconfortados quiere Dios que nos sintamos? Al decir “fortísimo consuelo”, pudo haber dicho “gran consuelo” o “profundo consuelo”, todos hubiesen sido certeros, pero, el término es en verdad “fortísimo”. Es un consuelo que sobrepasa cualquier temporada difícil, cualquier mal momento, cualquier desavenencia, cualquier experiencia difícil, dura y profunda. Shalom: “¡Dios quiere que tengamos un fortísimo consuelo!” “¡Dios realmente quiere esto, como los abrazos de quienes nos aman y nos transmiten todo un mundo de paz, esperanza y aliento! ¡Asómbrate, admírate, hermano con este consuelo!

AFIRMADOS EN LA ESPERANZA QUE ES FRUTO DE LA PROMESA

“Para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”. Hay buenos momentos en la vida, pero también los hay malos. Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, podemos estar seguros de que no saldremos defraudados. Hay una esperanza frente a nosotros. Tiende la mano y apodérate de ella. Dios te está incitando a hacerlo. Tómala ya, disfrútala ahora, vive con ella ahora, consuélate fuertemente. Porque nuestra esperanza está sellada doblemente: la promesa de Dios y el pacto de Dios. La esperanza es el ancla del alma (v.19). Nos hace firmes en medio de las tempestades de la vida. Nos da la motivación para perseverar y la fuerza para alcanzar. La esperanza es el yelmo de la armadura cristiana para resistir y, habiendo acabado la lucha, salir más que vencedores (1ª Tes. 5:8). Con razón nos regocijamos en la esperanza, porque es el

verdadero gozo del alma. Estamos en esta ciudad como un barco en alta mar, nos arrojan hacia arriba y abajo, y enfrentamos el peligro de ser hundidos. Necesitamos un ancla que nos mantenga seguros y estables. La esperanza del evangelio es nuestra ancla en las tormentas de este mundo. Es segura y firme. La gracia de Dios, la palabra de Cristo, y la poderosa influencia de su Espíritu, son los motivos de esta esperanza. Pongamos nuestros afectos en las cosas del Señor, y esperemos pacientemente por su manifestación. Jesús es un transformador del alma. De cerca o de lejos, de frente o de perfil, por contacto o por influencia, Jesús ha cambiado nuestras vidas, nos ha dado la seguridad de la alegría. El tiempo y Jesús trabajan en sentido contrario. El tiempo erosiona y desgasta. Jesús nos aumenta, nos agrega, nos hace florecer aún en medio del desierto y las tormentas. Jesús pasa por nuestras almas para invitarnos a vivir.

Cuando Pablo estuvo en cautiverio, podía haber abandonado su esperanza, y la persecución a la que estaba sometido habría cesado. Pero ¿cómo abandonar lo que se sostiene? ¿Cómo abandonar aquello que ha llegado a formar parte de su vida? Pablo no quiso hacerlo. La esperanza nos da poder para resistir con aplomo y para dar testimonio con alegría. Nos ofrece una perspectiva de vida que es positiva. Un hombre llegó poco tarde a un juego de béisbol de niños y niñas y le preguntó a una chica que se encontraba en la banca cuál era el marcador. La niña contestó que el marcador era dieciocho a cero, y que su equipo estaba perdiendo. El hombre compadecido de la niña le dijo: "Debes estar desalentada". Y ella contestó, "Claro que no, Señor, porque ni siquiera hemos bateado nosotros" ¿Bueno, eso es cosa de niños? Ajá. Así es como se dan las vueltas a los marcadores adversos ¡Esa sí que es esperanza! "Esto no se termina, hasta que se termina". Si así se dice en el ambiente del Beisbol, cuánto más en la vida de una iglesia que sabe que el que tiene la primera y la última palabra es el que nos ha traído hasta acá para no volver atrás. ¡Esto aún no se termina, la esperanza en Cristo aún no ha dicho la última palabra! ¡Asómbrate, admírate, hermano con esta promesa!

Nosotros decimos: "Es imposible", Dios dice: "Lo imposible para los hombres es posible para mí" (Lc.18:27). Nosotros decimos: "Estoy muy cansado", Dios dice: "Yo les daré descanso" (Mt.11:28-30). Nosotros decimos: "Nadie realmente me ama", Dios dice: "Yo te amo" (Jn.3:16;13). Nosotros decimos: "No puedo seguir", Dios dice: "Mi gracia es suficiente" (2ª Cor.12:9). Nosotros decimos: No puedo hacerlo, Dios dice: "Todo lo puedes en Aquel que te conforta" (Fil. 4:13). Nosotros decimos: "No estoy disponible", Dios dice: "Siempre estoy disponible" (2ª Cor. 9:8). Nosotros decimos: "No me puedo perdonar", Dios dice: "Yo te perdono" (1ª Jn.1:9; Ro.8:1). Nosotros decimos: "Tengo miedo", Dios dice: "No te he dado un espíritu de cobardía" (2ª Tim. 1:7) Nosotros decimos: "No soy lo suficientemente inteligente", Dios dice: "Yo te he dado sabiduría" (1ª Cor.1:30). Nosotros decimos: "Me siento solo", Dios dice: "No te dejaré ni te abandonaré" (He. 13: 5).

Esta es la esperanza que todos debemos no solo cultivar, sino compartir. Pedro animó a sus hermanos: "Estad siempre preparados para responder con mansedumbre y reverencia a cada uno que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1ª Pe. 3:15). Amados hermanos y hermanas, nuestra esperanza no es un espejismo en medio del vaivén de los tiempos y las circunstancias. No es una ilusión de locos que no saben qué hacer con sus vidas. Está basada en las promesas de un Dios que no miente y en un pacto que es inquebrantable. La esperanza es el ancla del alma y la razón de nuestro testimonio. No lo olvidemos, Shalom: "En Dios solamente reposa mi alma, porque de él viene mi esperanza. Solamente él es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré" (Sal. 62: 5-6). ¡Asómbrate, admírate, hermano con esta esperanza!

Amén.